

Después de la conferencia

El análisis de la conferencia de Helsinki ha continuado durante toda la semana pasada, siendo el tema de mayor interés de los especialistas de cuestiones internacionales y de filosofía y práctica política. En general, nadie se aparta de los puntos no ya fijados, sino prefijados antes de la conferencia; una cierta desolación por parte de los medios de la extrema derecha y de la extrema izquierda. Si «L'Aurore», de París, situado en la extrema derecha europea, lo compara a Yalta, «en peor», el «Diario del Pueblo», de Pekín, lo identifica a Munich y a los acuerdos de Locarno. También, naturalmente, en peor: hay una clara tendencia en los catastrofistas actuales en considerar que lo que sucede en nuestro tiempos es siempre «peor» que lo pasado. Si, para «L'Aurore», Yalta fue un nefasto reparto del mundo —la tesis derechista, que prevaleció durante la guerra fría, es la de que la conferencia de Yalta, en 1945, fue una debilidad de Occidente, que entregó a Stalin un amplio trozo de Europa—, Helsinki ha sido «la consagración solemne y definitiva por el mundo libre de lo conquistado por el comunismo, sin que este renuncie a bloquear sus ganancias», «Diario del Pueblo», evidentemente, no puede acusar al «comunismo», pero sí a la URSS: Munich habría sido la ocasión que se le dio a Hitler de desencadenar la guerra mundial —Munich ha tenido siempre mala prensa en la izquierda: se consideró como una blandura y una concesión de los aliados demócratas al nazismo, aunque la moderna revisión histórica estima que, sin la tregua conseguida en Munich, Gran Bretaña no hubiese podido preparar sus tropas y sus defensas navales y aéreas, y hubiese

sido invadida por Hitler, terminando así la guerra en Europa antes de que pudieran intervenir los Estados Unidos— y Helsinki sería la misma cesión a la URSS, que ha conseguido aquí «sus tres grandes ambiciones: obligar a los países de Occidente a reconocer las fronteras actuales de Europa; consolidar la hegemonía del revisionismo soviético en Europa del Este; desmantelar las fuerzas de la OTAN, haciendo creer en una «detente» ilusoria y erosionando así la influencia de los Estados Unidos en Europa. Es un engaño de punta a punta, una trampa tendida por la URSS, otro Munich». Munich es evocado también por los «gauchistes» de «Liberation», asumiendo la versión china de la cuestión, pero señalando una distancia igual de los Estados Unidos: «Escoger entre el mito americano del mundo libre, del cual los pueblos del mundo han podido estimar los efectos, o la fortaleza militar soviética: elección corneliana, entre la peste y el cólera. El telón ha caído en Helsinki sobre el escenario de este viejo mundo que todos se disputan».

El punto medio podría encontrarse en «Le Monde», cuyo enviado especial a Helsinki, Jean-Claude Guillebaud, titula significativamente su última crónica: «Et si c'était vrai?». ¿Y si fuera verdad? Dentro de los ataques de los extremos, del escepticismo frío de los analistas de Occidente, que conocen bien los milenios de su historia y saben cómo han terminado siempre los grandes acuerdos, del entusiasmo soviético, que parecía concordar con las acusaciones de los enemigos de la URSS, hay esta pequeña lumbre de esperanza: «¿Y si fuera cierto? El mismo pensamiento vagamente increíble ha flotado en ese momento, ▶



Entre la trampa y la esperanza, Helsinki permite toda clase de interpretaciones.



Las estructuras occidentales han desenmascarado su problema de clases. De nuevo reaparece el proletariado como clase social que sufre más directamente que ninguna otra las contracciones de la economía general.

Se ha ido viendo a lo largo de estos últimos años posteriores a las llamadas independencias y a la «concienciación» de Occidente acerca de sus «hermanos dolientes» que en lugar de aproximarse estas dos formas de vida se distanciaban cada vez más, crecía el «gap», la brecha, como se dice en la jerga técnico-económica de ahora. Otra vez la idea del «empobrecimiento colectivo», pero a escala mucho mayor y mucho más visible.

La reacción de los países productores de energía y de materias primas en los dos últimos años, aun siendo un fenómeno controlado y reverberado —por la carestía en los productos terminados que se entregan a esos países, por la devaluación de las monedas occidentales—, ha producido unas contracciones en la economía general de Occidente: los precios han aumentado con mayor velocidad que los salarios, y el paro obrero aumenta sin cesar. Es decir, que las estructuras occidentales han desenmascarado su problema de clases: de nuevo reaparece el proletariado como clase social que sufre más directamente que ninguna otra. Los ricos quizá hayan prescindido —y no es probable— de uno de sus automóviles, de una de sus residencias secundarias; los pobres están reduciendo su alimentación. En las estadísticas de consumo de muchos países occidentales se está viendo un aumento en el consumo del pan, de patatas, y una disminución paralela en el consumo de carne o azúcar.

La burguesía comienza de nuevo a segmentarse. La zona más vulnerable se radicaliza hacia la izquierda; la que todavía nota más la amenaza que la escasez se radicaliza hacia la derecha. Pide gobiernos fuertes, autoritarios: puede derivar hacia el fascismo, como ya pasó a raíz de la gran escasez del año 1929; cuando la ola del «crack» de Estados Unidos llegó a Europa produjo los fascismos por una parte, los frentes populares de otra.

Estas razones económicas se unen las de un desgaste de ideologías de la guerra fría, que privaron a muchas izquierdas de su nombre y hasta de su función. Nuevamente «se puede» ser de izquierdas, en un sentido de consideración de libertades en la sociedad. Y nuevamente la derecha se fortalece —se atrinchera— ante este crecimiento. Hace unos años nadie quería ser considerado como de derechas (hasta el punto de que Simone de Beauvoir escribió que una de las características del hombre de derechas era la de decir que era de izquierdas), y ahora la calificación se está reivindicando otra vez.

ESTE renacimiento de la contraposición entre izquierda y derecha puede ser indudablemente útil, sobre todo si lo consideramos en comparación con los períodos represivos anteriores. Pero nada indica que no vaya a resolverse, en muchos puntos, de una manera dramática. ■

se podría jurar». El momento era «el de un compromiso final que participa de una realidad tan frágil como lo es la moral internacional» de forma que «sea cual sea el escepticismo, no se podía considerar la escena sin un poco de emoción».

Casi ese fue el tono del discurso de Ford: un discurso, por otra parte, clara y decididamente de «leader» de Europa, por si hubiese dudas. «El pueblo americano, como también los pueblos de Europa, saben que las declaraciones de buena voluntad, los cambios pasajeros en los humores políticos de los gobiernos, las laudables declaraciones de principios, no son suficientes. Pero todos estos pueblos están cansados de ver muchas grandes esperanzas convertirse en un vacío juego de palabras». Y Giscard: «Advierto que la prensa francesa ha dado pruebas de escepticismo y de ironía con respecto a la conferencia de Helsinki. Sin embargo, la naturaleza de las relaciones entre Estados, tal como se ha expresado en Helsinki, era impenable hace solamente algunos años. Se admite ahora la diversidad de opiniones, de ideologías. Lo que me ha conmovido es que la conferencia no se ha vuelto hacia el pasado, y que había en ella un tono nuevo».

Entre la trampa y la esperanza, Helsinki permite toda clase de in-

terpretaciones. En cierta forma, es un paralelo de la ONU, y tiene una cierta identidad con respecto al momento de la firma de la Carta de las Naciones Unidas, tras la cual vino la guerra fría que ya se estaba incubando. Pero el tiempo transcurrido y la forma política que está adquiriendo el mundo nos impiden apurar el paralelismo. La «segunda guerra fría» que se trata de lanzar hoy desde los extremismos, muy visiblemente desde una camarilla del poder en los Estados Unidos —el hecho de que Ford y Kissinger pertenecan a esa camarilla no indica de ninguna manera que se trate de la totalidad del poder: el Congreso (la reunión del Senado y la Cámara de Representantes) mantiene posiciones muy distintas, y las elecciones del año que viene pueden muy bien clarificar las cosas—, muy visiblemente también desde unos extremos de la izquierda que está tan dolorida —son los extremos los que llevan la carga de la injusticia de milenios— no acaba de prender en el mundo. A cualquier ciudadano del mundo que en los años terribles de la tensión mundial se le hubiese hablado de la posibilidad de esta conferencia la habría acogido con la seguridad de la salvación. Que hoy parezca poco es un síntoma de todo cuanto se ha podido avanzar en este tiempo. ■

LATINOAMERICA

El SELA, un Mercado Común

● El SELA es el Sistema Económico Latino Americano: acaba de quedar constituido, tras una conferencia de veinticinco países reunidos en Panamá. Dos constataciones importantes: ningún país ha vetado a otro por razones políticas (Cuba y Chile, Paraguay, Uruguay o Perú y Brasil... todos han mostrado unanimidad) y los Estados Unidos no tienen representación, a diferencia de los otros organismos panamericanos (la OEA o el Tratado de Río). Comentando la resolución final, el representante de México, Francisco Javier Alejo, ha declarado que tiene «una significación histórica» en el sentido de reformar la independencia y la identidad de América Latina, y considera importante que a pesar de los orígenes históricos y políticos diferentes, todos ellos hayan decidido voluntariamente llamarse «Comunidad latinoamericana»: hay identidad de objetivos y comprensión común de que los problemas de hoy derivan «de un pasado colonial». Defenderá los productos de base de América Latina y será un organismo de cooperación económica. La Comunidad constituirá «una fuerza de negociación significativa» frente a la fuerza económica del exterior.

Los objetivos que se propone el SELA, según la declaración con-

junta, son: promover la cooperación regional; favorecer la formación de empresas multinacionales latinoamericanas que contribuyan a una mejor utilización de los recursos naturales, humanos, técnicos y financieros de los países miembros; desarrollar los medios necesarios para aumentar la producción y el abastecimiento de productos de base, especialmente los alimentos; ayudar a la transformación dentro de la región de materias primas de los países miembros y desarrollar el intercambio interregional y las exportaciones de productos manufacturados; mejorar la capacidad de negociación para la adquisición y utilización de bienes, de capitales y de tecnología; favorecer la canalización de los recursos financieros hacia proyectos y programas que estimulen el desarrollo de la región; desarrollar la creación, la adaptación y el intercambio de tecnología, incluyendo la información científica; estudiar y proponer medidas que aseguren que las empresas transnacionales se sometan a los objetivos de desarrollo de la región compatibles con los intereses nacionales de los países miembros; promover el desarrollo de los medios de transporte y de comunicación, sobre todo para facilitar el transporte intrarregional; apoyar

los esfuerzos de ayuda a los países que se enfrenten con problemas de urgencia.

Se propone también el SELA ayudar los procesos de integración de la región y favorecer las acciones coordinadas entre ellos, respetando los compromisos que se deriven; promover programas y proyectos económicos de interés para dos o más países miembros; actuar como organismo de consulta y de coordinación de América Latina para formular posiciones y estrategias co-

munes ante terceros países, grupos de países y de organismos económicos internacionales; asegurar un trato preferencial a los países de menor desarrollo económico y de mercado limitado en la región. Se ha constituido un grupo de trabajo para elaborar los estatutos de la nueva entidad: los tendrá que presentar ante una nueva reunión ministerial que se reunirá también en Panamá antes del 15 de octubre, fecha en la que comenzará a funcionar oficialmente el SELA. ■

HIROSHIMA 30

«Volvería a hacer lo mismo»

● «Volvería otra vez a hacer lo mismo», ha declarado uno de los bombarderos atómicos de Hiroshima en una ocasión solemne: la conmemoración del treinta aniversario de la primera bomba de destrucción masiva del mundo. Es la contradicción viva a la leyenda del «bombardero arrepentido» que desde entonces circula por el mundo: uno de los aviadores habría sufrido tal arrepentimiento que habría tenido que ser internado en un manicomio, donde imploraba continuamente perdón: luego se habría recluso en un monasterio. Se han hecho obras de teatro y novelas sobre este caso de conciencia. Las declaraciones de este otro bombardero vuelven la realidad a su auténtico plano moral. «Tenía un trabajo que hacer y lo hice, eso es todo», dice el hombre eficaz. Un trabajo limpio. Un trabajo bien hecho. El propio Truman, más responsable que cualquiera de estos ejecutores prácticos, ha declarado en sus Memorias y en numerosas declaraciones que

estaba satisfecho de lo realizado y que también volvería a dar la misma orden.

El 6 de agosto de 1945, una bomba atómica bautizada cariñosa y humorísticamente por sus manipuladores «Little Boy» fue arrojada desde un B-29 sobre la ciudad japonesa de Hiroshima. Doscientas mil personas —civiles— murieron en el acto. Otras muchas continuaron muriendo después. Otras han nacido afectadas por las radiaciones. Todavía hoy, en los hospitales del Japón se atiende a niños que nacen con malformaciones congénitas.

Mientras alguno de estos niños nace en el Japón, y otros llevan en sí la terrible carga genética que puede saltar dentro de una, dos o más generaciones, el Presidente del Gobierno japonés, Tadeo Miki, visitaba al Presidente Ford en la Casa Blanca. Algunas personas han considerado simplemente «de mal gusto» que Miki visitase a Ford precisamente en el aniversario del martirio de Hiroshima y del de Na-



El 6 de agosto de 1945, la bomba atómica «Little Boy» fue arrojada sobre la ciudad japonesa de Hiroshima. Doscientas mil personas —civiles— murieron en el acto. Otras muchas continuaron muriendo después.